

En memoria de Alfonso Milá, arquitecto

Federico Correa

Acadèmic d'honor. federicorrea@coac.net

Quiero agradecer a la Academia el haberme convocado para este acto en memoria de Alfonso Milá fallecido en mayo pasado. Para mí su pérdida es la de un hermano muy querido y la de un colaborador creativo, inteligente y agudo.

Nos conocimos en 1934 con nueve años en el colegio de los Jesuitas de Sarria; ya nuestros padres habían estudiado juntos en los Jesuitas de la calle Casp.

La guerra civil nos separó, yo en el extranjero y él en Sevilla, y acabada ésta, de vuelta a Barcelona, volvimos a encontrarnos con la sorpresa de que cada uno por su cuenta había decidido estudiar arquitectura.

Desde ese momento decidimos trabajar conjuntamente, ocupando para estudiar una parte del despacho de su padre en la Plaça de Sant Jaume, donde una vez arquitectos, empezamos nuestra colaboración profesional, que ha significado cincuenta y siete años de trabajo compartido en el mismo local de la Plaça de Sant Jaume, 2.

Alfonso era afable, divertido, con un gran sentido del humor, pero sobre todo compartía conmigo la pasión por la arquitectura.

Probablemente soy la persona menos indicada para juzgarle como arquitecto ya que nuestra obra es producto de ambos y no soy yo quien pueda juzgarla, hallándome implicado en ella al cincuenta por ciento.

Sí puedo decir que una colaboración está primordialmente basada en la mutua valoración y respeto, donde los resultados son producto de un común acuerdo. Lo que no obsta para habernos enzarzado a veces en discusiones o desacuerdos que se resolverían sólo cuando uno lograra convencer al otro.

A lo largo de tantos años nuestras personales habilidades fueron dando paso a una forma de trabajo adaptada o consecuencia de ellas. Las responsabilidades tienden a segregarse hasta que lo referente al proyecto quedó al fin, responsabilidad mía y la ejecución de la obra, responsabilidad suya.

Que nadie crea que quiero dar a entender prioridad entre una responsabilidad o la otra. Todos los arquitectos sabemos que la creatividad es tan necesaria en la fase de proyecto como después en la obra donde el choque con realidades de solares, terrenos, materiales, suministros, etc., implican una constante labor inventiva para conseguir el resultado deseado.

Como ejemplo, entre tantos, hablaré del proyecto para el Museo Episcopal de Vic. Por una serie de circunstancias, este proyecto nos llevó casi tres años de trabajo. Discutimos conjuntamente sus líneas generales y su plasmación final fue responsabilidad mía. Sin embargo, la dirección de obras fue responsabilidad de Alfonso y le supuso tomar mas decisiones proyectuales sobre materiales, iluminación, colores, etc., que tuvieron una influencia decisiva en el resultado.

Sin esta compenetración y mutuo respeto por la capacidad de cada uno nuestra obra no hubiera sido como fue.

Yo puedo testificar aquí la agudeza analítica, la racionalidad y el desarrollado sentido crítico que poseía Alfonso como profesional, características suyas extensibles a los demás órdenes de la vida. Su desaparición es un duro golpe para mí y para toda su familia, y para tantos sinceros amigos que tuvo.

20 de enero de 2010